

Algunas aclaraciones acerca del conocimiento del singular.

Carlos Llano Cifuentes
Universidad Panamericana

Llano tries to explain the main purpose of **El conocimiento del singular**, showing how the *individuals* about which the book is concerned are basically *human individuals*: people as decision makers.

Un año después de la batalla de Waterloo, en su lección inaugural del curso sobre Historia de la Filosofía (Heidelberg, 1816), Friedrich Hegel sostuvo que “el Espíritu del Mundo, ocupado en demasía en la miseria de la época, no podía replegarse hacia dentro y concentrarse en sí mismo”.

Este pequeño mundo nuestro que es México, se encuentra en una de sus crisis más fuertes —peor que cualquier batalla—, pero ello no ha sido obstáculo —al menos por esta tarde— para hacer lo que Hegel decía que no podía hacerse: replegarnos, volvernos no ya sobre el mundo, no ya sobre el Espíritu Absoluto, con mayúscula, sino sobre nosotros mismos, como si no aconteciese ninguna otra cosa de más volumen. Porque los singulares no son las cosas o los acontecimientos, sino nosotros. Vertirse sobre el singular es vertirse sobre nosotros mismos que, aunque en minúsculas, somos más importantes que todo lo que acaeciese en el mundo (así fuera Waterloo, o así fuera el desplome de un régimen casi centenario en México).

Agradezco por eso más especialmente a los doctores Alejandro Herrera, Carlos Pereda y Héctor Zagal, y a todos ustedes, por estar

aquí esta tarde, cuando nuestros colegas se encuentran movidos por otras preocupaciones de mayor empaque.

En esta obra, a diferencia de muchas otras que he tenido a la mano, se ha intentado conservar al mismo nivel de importancia dos espinosos asuntos: el relevante papel del conocimiento del singular por un lado y, por otro, la importancia de la realidad del singular sobre el que versa ese conocimiento.

Generalmente, los autores que se percatan del arduo problema que implica conocer al singular (porque el problema del singular se resume en esta pregunta: *¿quién eres tú?*), los que se percatan de lo difícil que es conocer el singular, rebajan el rango metafísico de ese singular; ninguno de nosotros vale: antes de que termine el próximo siglo todos estaremos muertos. Y al revés: las personas que caen en la cuenta de que el acto de ser sólo pertenece a la realidad no ya individual, sino individualísima, piensan que el conocimiento intelectual del singular es fácilmente asequible; es, incluso, el *primum cognitum*, lo primero que se conoce, para decirlo al modo nominalista de Occam, con sus consecuencias suarecianas posteriores.

La dificultad del conocimiento del singular no puede banalizarse. Es uno de los puntos más incisivamente tratados por la filosofía y sobre el que menos se ha avanzado durante siglos. Porfirio, en el siglo tercero, dice que el individuo se señala por su *figura, estirpe, patria y tiempo*. Paupérrimas señales para decirnos quién soy yo; yo, la realidad más rica del universo, no puede quedar reducida a mi perfil, al nombre de mis progenitores, y al lugar y fecha de mi nacimiento. Y sin embargo, diecisiete siglos más tarde, la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Dirección General de Tránsito son deudores directos de Porfirio de Tiro, porque no han avanzado un palmo en sus propuestas, a la hora de extender ese documento que nos da un lugar en el cosmos, y que se llama pasaporte, o de conceder esa licencia que me permite moverme en mi propia ciudad (si las manifestaciones no me lo impiden). Entre Porfirio y la asombrosa tecnología contemporánea no se ha dado más progreso, en lo que al conocimiento

del singular se refiere, que una cámara fotográfica callejera, como la que se instala en las cercanías de cualquier Delegación Política.

Y es que presenciamos, señoras y señores, en este complejo problema del conocimiento intelectual del singular (casi un cuadrado redondo) el divorcio de mayor magnitud entre la epistemología y la metafísica, una de las más graves inflexiones que ha permanecido tercamente irresuelta en la historia de la filosofía.

No puedo pretender que con mi obra (calificada en el prólogo, sin falsa modestia, como un intento más que se suma a muchos otros) se logre soldar la grieta entre el singular y mi conocimiento de él. El *gap* existe, aunque no tan grave como los ideísmos y platonismos aún vigentes quisieran; pero más que soldar la grieta, esta pequeña obra trata de animar al lector a que ejercite el salto de un borde a otro. Expliquémonos: de un lado, el alto rango metafísico del singular; del otro, la ardua dificultad para conocerlo. Es verdad que todo salto es ciego y oscuro, como dice el místico castellano; implica un riesgo. Este libro no oculta el riesgo; simplemente, nos empuja para que demos el brinco.

La grieta quedó marcada por Boecio, en el siglo VI de nuestra era, cuando, comentando precisamente a Porfirio, nos dice que lo singular se siente y lo universal se entiende o se intelige. Esto fuerza a Zubiri a arbitrar el neologismo *sentiligir*, que corresponde no a una inteligencia cualquiera sino a una inteligencia humana, una *inteligencia sentiente*, como la llama.

Pero no se trata de inventar una nueva palabra, por acertada que sea. El problema no es que Boecio separe el sentir lo singular, por una parte, del entender lo universal por la otra. El problema está en la introducción del impersonal: lo singular *se* siente y lo universal *se* entiende, dice como si fueran acciones sin sujeto. Cuando a la epistemología se le sustrae el sujeto quedamos sin agarradera: porque soy *yo* quien siente el singular y *yo mismo* quien entiende lo universal. Así lo dice con palabras fuertes Tomás de Aquino: *non est intellectus neque sensus qui cognoscunt, sed homo per utrumque*: no son el

entendimiento ni los sentidos quienes conocen sino el hombre por medio de ambos.

Tiene razón el Dr. Zagal: si el recurso al sujeto no me produce la satisfacción de haber resuelto la aporía, me causa por lo menos un profundo alivio. Cualquier persona experimentada en antropología filosófica sabe que con esta sola referencia al sujeto no se resuelve el problema de la coordinación de las facultades humanas; pero lo que quiero resaltar es que si no se apela al sujeto el problema no se resolverá de ningún modo.

Después de escribir la obra, y de analizados los esfuerzos hechos por Aristóteles, Santo Tomás, Wittgenstein, Zubiri, y especialmente José Gaos, no estoy seguro si yo mismo he logrado pasar de un extremo a otro de la grieta. Pero mi duda todavía es más grave —confirmando lo dicho por el Dr. Herrera—, y tengo que confesarla llanamente: no sé en qué dirección debe saltarse. A veces amanezco con tendencias inmanentistas, como las de José Gaos, y quiero ir del análisis del lenguaje y del conocimiento sobre el singular, hasta la realidad del mismo; pero otras veces me levanto con pretensiones ontológicas y pretendo dar el salto desde la estructura metafísica singular hasta su conocimiento, como lo hace Zubiri. Reconozco que me corresponde el calificativo de dialéctico, tal como lo dice el Dr. Zagal.

Dejémoslo por ahora así; porque esta obra tiene el carácter no de punto de llegada, sino de ese punto de partida que llamamos fundamento. El Dr. Carlos Pereda ha intuido muy bien que se trata de un libro-prólogo. Es una obra de fundamento porque la preocupación del autor no se reduce a llegar al singular; lo que quiere y sigue queriendo es llegar a la persona.

No obstante, el conocimiento de la persona, como se sabe, no es sólo noético, aprehensivo o cognoscitivo, sino también oréxico o tendencial. Esta es la pieza que le falta a la obra, como con toda razón lo ha dejado dicho el Dr. Herrera. La singularidad así concebida —como persona— no es alcanzada ni por los sentidos, ni

por los sentimientos, ni por la inteligencia. Lo único e irrepetible —cualidades de la persona— no es ni la estampa física, ni las características anatómicas, ni los rasgos psicológicos —sobre todo cuando éstos se cuantifican—, ni las extroversiones emotivas y sentimentales. Rompiendo estas cortezas, la sola relación que permite el acceso a otra persona —el *bypass* que nos ahorra muchos circuitos— es la amistad. La relación amistosa accede a la capa más íntima y profunda del otro, en donde el otro deja de ser un singular, para erigirse en un *tú* que florece y resucita, como dirá Antonio Machado; sólo la amistad llega a la *haecceitas*, para usar el término de Duns Scoto.

No en vano también Aquino deja ver con magistral clarividencia que uno de los aspectos esenciales de la amistad es la *inhesión*. Por ella, por la *inhesión*, el amante —dice— no se satisface con un superficial conocimiento del amado, sino que se esfuerza en averiguar con detalle y diligencia cada una de las cosas que le pertenecen intrínsecamente, *et sic ad interiora eius ingreditur*, es decir, se introduce así en sus espacios interiores (I-II, q.28, a.2,c.). Ignoro si, en este sentido, la amistad es *epagógica*. Dejo el asunto en manos del Dr. Zagal.

Dije antes que había una grieta entre el conocimiento del singular y el singular que se conoce. Pero, en realidad, lo que hay es un abismo entre una persona y otra. Me agradaría mucho que este libro sirviera, no de manera epidérmica sino profunda, a que muchas personas estuvieran menos solas.

No se crea, sin embargo, que este desentrañar los vericuetos difíciles y ásperos del conocimiento del singular resulta beneficioso para las meras relaciones individuales de corta vista. Son muchos los que piensan, en efecto, que las grandes transformaciones sociales, las megatendencias de la humanidad son objeto de la sociología y de la ciencia política, a las que les resulta impropio el descender a lo singular, pues lo suyo es, al contrario, el ascenso a los planteamientos no ya globales, sino cósmicos. Si se están refiriendo a los cambios

sociales reales, no me tiembla la voz —como lo digo en el prólogo— para manifestar mi desacuerdo.

Las transformaciones sociales definitivas, las que modifican o generan las grandes tendencias históricas, tienen su verdadero origen en el singular, y no en alguna otra cosa. Podemos hoy decirlo con seguridad, cuando la teoría hegeliana de la historia se encuentra razonablemente en entredicho: los trazos de la historia del hombre tienen su origen en el singular, y en donde el singular adquiere su configuración más pletórica, esto es, como ya puede adivinarse, en la persona. Lo cual cabe también decirse con seguridad empírica recentísima, a la vista de esa *breve crónica de grandes días*, en donde no cuentan las hipótesis académicas sino que aparecen la energía y fuerza de individuos como los Yeltsin, los Gorbachov, los Wojtyla, los Walesa, y los Havel... y tantos otros que escriben la historia real y singularizada.

Empiezan a valer los esquemas de acción basados en la persona misma. Esos que explican la historia bajo el modelo social de los círculos concéntricos, que diríamos nosotros, o las esferas de circunstancialidad, que dirían Ortega y Gaos, en donde la generalidad de los círculos más amplios depende del coraje, el empuje y la explosión encerrados en los círculos más pequeños, que no son sino un *puñado de personas*. También en esto lo universal depende de lo singular. Lo decisivo es pertenecer nosotros a ese *puñado de hombres*.

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.